

EL VIRGEN DEL ROCÍO «CUMPLE» 500 TRASPLANTES DE CORAZÓN

«Mi hijo está repartido y vive en mucha gente»

Fernando Romero Rubio, un cooperante sevillano de 20 años, se hizo donante dos veranos antes de que un accidente acabara con su vida. Su madre se siente orgullosa: «Ha crecido después de morir»

JESÚS
ÁLVAREZ



El corazón es un órgano muscular hueco que tiene el tamaño de un puño y pesa entre 250 y 300 gramos en las mujeres y entre 300 y 350 gramos en los hombres. Esa pequeña bomba aspirante e impelente que impulsa la sangre a través de las arterias para distribuirla por todo el cuerpo supone sólo el 0,4 por ciento del peso de una persona. Sin embargo, la vida, cualquier vida, depende de ese trocito de músculo alojado entre los pulmones en el centro de la cavidad torácica; y cuando enferma o empieza a fallar no hay ningún aparato, máquina o tecnología que sea capaz de sustituirlo. Sólo otro corazón puede hacerlo. Y no todos porque es el órgano que peor envejece.

Se trasplantan riñones de una persona de 90 años e hígados de una de 80, pero es raro que una persona de más de 50 años pueda donar su corazón. Eso explica que el pasado año se realizaran 3.423 trasplantes de riñón en España y 1.227 de hígado. De corazón sólo se llevaron a término 300, de los cuales quince se realizaron en el Hospital Virgen del Rocío de Sevilla, que acaba de celebrar su trasplante número 500 a lo largo de los 27 años que lleva la unidad de trasplantes funcionando. En estas casi tres décadas hay hombres y mujeres de todas las edades, incluso adolescentes. El paciente número 500 es un joven de 28

años que ahora estaría muerto si no latiera en su pecho el corazón de su donante. Es posible que los dos tuvieran la misma edad.

Ana María Rubio, sevillana de 70 años, dice que tiene cuatro hijos varones. Lo dice en presente a pesar de que su cuarto hijo murió hace quince años tras un accidente. Y lo hace así porque donó todos sus órganos: «Él vive y sigue actuando y es algo de lo que me siento orgullosa».

La mirada del celador

Fernando, de 20 años, se cayó una noche por unas escaleras y se dio un golpe en la cabeza. Perdió el conocimiento pero no le dio demasiada importancia a su lesión. Al día siguiente, llamó a su madre para decirle «mamá, me estoy muriendo». Una ambulancia se lo llevó a Urgencias del Virgen del Rocío y entró en quirófano directamente. Los médicos no pudieron reducir la hemorragia masiva que se había extendido por su cerebro y que acabaría matándole tras 9 días en la UCI.

Ana María aún recuerda la mirada de un celador que prestaba servicio en esa unidad el día que falleció. «Cuando vi cómo me miró, lo que decían sus ojos, me di cuenta de que Fernando no salía», cuenta. Se despidió de su hijo con un beso y a la salida de la UCI le llamó la coordinadora de trasplantes, Elena Chamorro, para comunicarle lo que ella ya intuía por la mirada de aquel celador. «Hace quince años había mucha resistencia a la donación de órganos y le dije a Elena que no tenía que convencerme, que donaría todo lo de Fernando».

Su hijo se había hecho donante dos años antes de morir tras escuchar una conferencia del doctor José Pérez Bernal en el colegio San Alberto Magno, de Montequinto. Le conmovió tanto lo que escuchó que cuando llegó a su casa le dijo a su madre que se iba a hacer donante de órganos «por si alguna vez le pasaba algo». No se podía imaginar que apenas dos años después un desgraciado accidente haría realidad su deseo. El destino fue cruel con él y con toda su familia, aunque gracias a sus órganos varias personas volvieron a la vida. Cuenta su madre que le dijo que se iba a hacer donante «con mucha alegría, con el entusiasmo con el que él lo hacía todo». Ese verano había estado como cooperante en El Puerto, un pequeño pueblo de la República Dominicana.

Ana María recuerda muy bien todos los hechos de aquellos días, a pesar del tiempo transcurrido. «Cuando llevaba seis días en la UCI saqué su tarjeta de donante de mi mesita de noche y me la guardé en el bolsillo. Y cuando Elena se me acercó para pedirme que donara sus órganos, la saqué y la puse encima de la mesa».

Un donante integral

Dos meses después de fallecer Fernando, un 5 de enero, la noche de Reyes, llegó a su casa de una carta de la coordinadora de trasplantes que ella fotocopió y encuadró para que sus otros tres hijos no la olvidaran. En ella decía que Fernando Moreno Rubio había donado todos sus órganos y que gracias a su generosidad se habían salvado varias vidas. «Fue un donante integral,

aprovecharon todos sus órganos, salvo los pulmones porque la intubación en la UCI le produjo una neumonía. Lo donamos todo, incluso tejidos y huesos. Se quería entregar entero y así lo hicimos», cuenta su madre. Y añade emocionada: «Sólo le vi la cara porque estaba tapado. Sé que de lo demás quedaba muy poquito y fue un momento difícil para una madre pero ha dado tanta vida a tantas personas que me siento muy orgullosa de él».

Eso le hace decir que Fernando no está muerto «sino repartido en mucha gente. Está viviendo en todos ellos. Hay personas que se mueren y ya no

se vuelve a hablar más de ellas y Fernando sigue hablando y actuando, ha crecido y está más grande que nunca».

A pesar de ese orgullo y esa satisfacción por dar la vida después de perderla, los primeros años sin Fernando fueron muy duros para sus padres y sus hermanos. A todos ellos les ayudó a sobrellevar su dolor una asociación que crearon y a la que dieron su nombre. Colaboran con otras asociaciones de enfermos renales y dan charlas para fomentar la cultura de la donación. «Aunque hable yo, la persona que habla, en realidad, es Fernando», dice Ana María. Una de las personas a las que de-

Francisco Garrido
«Los abrazos que doy a mi nieto son míos pero ese niño de 4 años es también de mi donante»

José Miguel Borrego
«Es una cirugía compleja que moviliza a muchas personas cuyo éxito se acerca al 95 por ciento»

volvió la vida la generosidad de Fernando y de los otros 499 fernandos cuyos corazones acabaron en un quirófano del Hospital Virgen del Rocío es Francisco Garrido Pavón, que hoy tiene 67 años y recibió el corazón que hoy late en su cuerpo hace 14. Su agradecimiento a todos ellos y a sus familiares es inmenso. «Los abrazos que puedo dar a mi nieto de 4 años son míos pero el latido de mi corazón es de otra persona. Y para mí ese nieto no es sólo mío, es también de mi donante», dice. «Mi nieto de 4 años no es sólo mío. Es también de mi donante. Los abrazos son míos pero el latido de mi co-

razón es de otra persona», insiste Francisco, un albañil de 67 años

Un albañil lleno de vida

Francisco trabajaba como albañil y se sentía lleno de vida con 40 años, aunque había pasado mucho frío y mucho calor sobre los andamios. «Me detectaron una insuficiencia cardíaca con 41 años y a los 50 mi corazón ya no podía hacer nada. Estuvo nueve años apagándose y lo pasé muy mal durante todo ese proceso. No podía ni subir unas escaleras y mis huesos se echa-



El enfermo, un joven de 28 años que participó en el trasplante número 500. El doctor José Miguel Borrego, jefe de Cirugía Cardíaca, porta el número 5